

CONFERENCIA DE S. E. MONS. VINCENZO PAGLIA
PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA

La familia educadora de las virtudes

Santiago de Chile, 23 de mayo 2013

Introducción

1. La celebración de los 125 años de la fundación de esta casa de estudios, que acoge hoy este encuentro de REDIFAM -la Pontificia Universidad Católica de Chile, una de las más prestigiosas instituciones universitarias del continente latinoamericano-, ocurre sin duda en un momento muy especial para todos los que estamos aquí. Es un momento fuerte de gracias para toda la Iglesia, que hemos podido palpar en la conjunción de hechos históricamente inéditos, al menos en la historia moderna, como han sido los que han acompañado la renuncia al solio pontificio, para recluirse a la oración, de uno de los Papas más sabios de la historia y el advenimiento a la cátedra de Pedro del arzobispo de Buenos Aires, el primer Papa latinoamericano. Son hechos muy significativos que, sin duda, enmarcan nuestro encuentro actual y también nuestra reflexión acerca de los desafíos que vive la familia educadora de virtudes.

La familia, patrimonio de la humanidad y lugar de formación de los discípulos misioneros.

2. La quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, ha recogido la historia de la Iglesia en América Latina y el Caribe y los desafíos de las anteriores conferencias del CELAM y marca también un punto de partida para la nueva evangelización de este Continente. En el documento conclusivo, la familia tiene una importancia clave y es señalada como una prioridad para la nueva

evangelización. Ya Puebla había dicho que la familia es uno de los centros de comunión y participación que tienen una ingerencia directa en el caminar de la mayoría de los pueblos de América Latina (Cf. DP 568-569), y desde esta opción pastoral, Aparecida propone a la familia como “patrimonio de la humanidad” (DA 302 y 432). Es significativo para nuestro tema que el primer momento en que Aparecida se refiere a la familia sea donde se habla precisamente de los “lugares” de formación de los discípulos misioneros. Allí se dice que la familia es no sólo patrimonio de la humanidad, sino también el tesoro más valioso de los pueblos latinoamericanos (Cf. DA 302).

Si bien la familia en este Continente ha sufrido un considerable desgaste en las circunstancias actuales de la sociedad post-moderna, no dejamos de confiar en la riqueza que ella misma representa. Como ha dicho el Papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, no obstante “los problemas enormes y dramáticos de la justicia en el mundo, de la libertad y de la paz, la familia cristiana constituye una energía interior que origina, difunde y desarrolla la justicia, la reconciliación, la fraternidad y la paz entre los hombres (*Familiaris consortio*, 48).

En efecto, también nuestro actual pontífice, siendo arzobispo de Buenos Aires, escribió que: “la familia es uno de los pocos ‘lugares’ de nuestro tejido social que todavía sigue siendo un valor y una meta que la mayoría desea alcanzar... En una sociedad donde todo tiene un ‘precio’, este ‘tesoro’ es un don gratuito que sólo se alcanza a través de los lazos de amor y entrega mutuos”¹.

La familia lugar de formación de los valores humanos y cristianos

3. Aparecida dice que la familia es “espacio de comunión, fuente de valores humanos y cívicos, hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente

¹ Bergolio, Jorge Mario, S.J., *La familia a la luz del Documento de Aparecida*, Familia et Vita (XIII/2-3 -2008) 65.

y primera escuela de la fe” (DA302). Para que exista la comunidad familiar –comenta el entonces, arzobispo de Buenos Aires²- es preciso que sus miembros se animen a vivir en comunión, así las nuevas generaciones aprenderán allí a “ser personas de comunión” y la familia se hace “fuente” de todos aquellos valores que hoy la sociedad necesita de manera urgente, valores que tienen en la auto-donación su eje principal. Porque la solidaridad familiar es fuente de valores cívicos, que en el respeto mutuo y la convivencia pacífica tienen expresiones concretas. Por ejemplo, de manera natural en la vida doméstica se aprende el cuidado y el interés por los demás: la vida es acogida, se la sana cuando está enferma y herida, se la alimenta con el pan del trabajo y de las lágrimas, se la llora cuando ya no se tiene. Por todo esto, decía el entonces cardenal Bergolio que “Nuestros pueblos –los pueblos de América Latina y el Caribe- son verdaderos hogares, donde la ternura y la firmeza se dan la mano en la lenta educación de los hijos”³.

Educación: diálogo entre autoridad y libertad

4. Ahora bien, el modelo clásico de educación que se fundaba en la *razón*, la *tradicción* y el *deber* se encuentra en crisis y esto dificulta la transmisión de la cultura y del significado de la vida de una generación a la siguiente⁴. Sin embargo, **no se responde a este gran desafío sólo con la “nostalgia de la tradición”**. Sino que es necesario analizar las dificultades de tantos padres, educadores y maestros a la luz del *hiper-psicologismo* que – en la sociedad del deseo y del consumo- transmite una lección que se puede sintetizar en la petición “*se tú mismo*”.

² Ibid.

³ Ibid. p. 66.

⁴ Cf. Simard D., *education et herméneutique. Contribution á une pédagogie de la culture*, Les Presses de l’Université Laval, Saint Nicolas (Québec), 2004.

Como ha mostrado Marcel Gauchet, un notable filósofo francés contemporáneo, hablando del “hijo del deseo”⁵, a cada individuo se le pide que se afirme a toda costa según “aquello que es”, pero aquí se encuentra también la raíz de la inquietud y la fatiga de la educación: la realización personal deviene fugaz e inasible y el mundo que lo rodea se percibe como un obstáculo a nuestra búsqueda de libertad que hoy es entendida como ausencia de vínculos.

En esta perspectiva, el desafío de la relación personal se hace fundamental para evitar que se pida a los más jóvenes que lleguen a ser alguien sin construir con ellos la relación en la cual podrán crecer. Llegar a ser lo que *se es* o *ser sí mismos* son imperativos connotados de ambigüedad y distorsión si nos rendimos a una idea de realización como fin en sí misma. **A la raíz del desafío de educar, se encuentra la falsa idea de un *auto-desarrollo* y de una *autonomía* como un yo completo en sí mismo**⁶.

Por tanto, la elección no es entre “autoridad” y “libertad”, sino en colocar ambas en el horizonte del diálogo, es decir, en la relación entre el “yo”, el “tú” y el “nosotros”. Esto permite evitar tanto el reduccionismo que ve la autoridad como panacea de la crisis, como el asumir una idea de autonomía sin vocación y sin promesa. Entonces, **más que la nostalgia de la educación perdida, es necesario referirse a la dialéctica siempre presente en la historia, entre la comunicación de un patrimonio y de una herencia cultural de parte de los adultos y el libre y natural desarrollo de la persona.** Se trata de dos polos en cuyo medio se encuentra el equilibrio de la educación: el respeto hacia el crecimiento natural del sujeto y la transmisión de la cultura a las nuevas generaciones.

⁵ Cf. Gauchet, M., *Il figlio del desiderio. Una rivoluzione antropologica*, Vita e Pensiero, 2010.

⁶ Cf. *Caritas in Veritate* n. 78

5. A esta polaridad de siempre es necesario añadir, además, que mientras en el pasado se pensaba en la transmisión de una herencia cultural y en el respeto del desarrollo del sujeto, se pensaba en una cultura estática, como un patrimonio de datos, tradiciones y saberes que dar a las nuevas generaciones. Hoy, por el contrario, el desafío es más bien comunicar la cultura en sentido antropológico, es decir, como el conjunto de los significados que el hombre atribuye a hechos, eventos y experiencias de su mundo vital. Se trata entonces de buscar un equilibrio entre libertad y autoridad no sólo en la consigna de saberes, valores y tradiciones, sino sobretudo en la apertura a nuevos significados y a una comprensión de la realidad más rica y profunda.

Esta aproximación hermenéutica a la cultura hace más rico el horizonte en el que se coloca la educación de las virtudes y valores. Si bien es cierto que el hiper-naturalismo conduce al individuo autónomo y sólo en su proyecto de realización, esto no significa que se pueda infravalorar o descuidar la conquista moderna de la libre expresión y del respeto de las características individuales. En estas características se encuentra una tensión constitutiva, una fuerza moral que como nos recuerda Charles Taylor, expresa la exigencia de autenticidad y de realización personal. Esta búsqueda de realización personal y de autenticidad, más allá del espontaneísmo, del exceso de naturalismo y de la irracionalidad, son condiciones para la interiorización de los valores, de los comportamientos, de las tradiciones, que crea responsabilidad y pone al sujeto a la escucha del “maestro interior” del que habla San Agustín.

6. La autorrealización, como he dicho, no ocurre en el vacío o en la soledad, sino sólo en la pertenencia a la comunidad. **Se llega a ser sí mismos en la pertenencia y en la relación con un tú y con un nosotros.** Esto lo demuestran los jóvenes que a falta de roles definidos, muestran su necesidad de atención y de interés verdadero de parte de sus padres naturales, que desafortunadamente, muchas veces son actualmente narcisistas y poco atentos.

La bastedad y la complejidad de la educación moral en el contexto de los grandes cambios culturales, muestra cómo **no se puede sostener más una instrucción-formación guiada desde el exterior, centrada en el conocimiento de reglas y procesos de la vida social a los que el hijo/a debe simplemente uniformarse**. Se correría el riesgo, como ocurre frecuentemente, de favorecer una interiorización acrítica y una adecuación pasiva de modelos de conducta propuestos manifiestamente u ocultamente, por los intereses del mercado.

Más bien es necesario un programa de educación que ofrezca líneas guía fuertes, con una identidad clara, que acoja la petición de reconocimiento y significatividad de las generaciones jóvenes, que afronte el problema de la interpretación viva de la historia precedente y de la necesidad de futuro de los jóvenes, buscando una síntesis entre la cultura como apertura a lo universal y como radicación en lo particular.

Familia y educación moral

7. En las últimas décadas se ha descuidado la importancia de la familia como contexto natural del desarrollo moral⁷. No obstante parece fuera de duda que el ámbito familiar continúe siendo fundamental y que los padres son los “agentes por excelencia” del desarrollo moral de las nuevas generaciones. El clima familiar, la transmisión de actitudes y comportamientos a través de modelos y estilos de vida, resultan constitutivos en la formación de la personalidad y de las elecciones de vida de los hijos. Varias investigaciones ponen en evidencia, por ejemplo, cómo la respuesta afectiva de los padres (sobre todo de frente a las transgresiones), acompañada del razonamiento, contribuya a interiorizar en ellos las normas morales y a hacerles valorar las consecuencias de sus acciones. También cómo la actitud egocéntrica o atenta a los otros, aparece en estrecha relación con las respuestas que

⁷ Cf. Walker L.J. & Hennig K. H., *Parenting Style and Development of Moral Reasoning*, en “Journal of Moral Education” (1999/3) 359-374.

los padres dan, a la mayor o menor atención a las sensaciones y experiencias de sus hijos⁸. Las familias de estilo autoritario, más tradicionales, tienden a impostar la relación con los hijos en base a un estatuto formal de los miembros, con una distinción marcada de roles donde los comportamientos se imponen sin discusiones; mientras que en las familias de estilo personal, se deja un gran espacio a la comunicación y a la discusión y tienden a “psicologizar” las relaciones internas. En esta última perspectiva existe el riesgo de facilitar el relativismo en materia moral y de una excesiva “contratación” de las reglas.

8. Por lo tanto, **la familia transmite y comunica a los hijos orientaciones morales a diversos niveles**, como la afirmación de la autoridad, la solicitud afectiva, la argumentación, el diálogo, el respeto y la tolerancia, el gusto por el trabajo bien hecho, la proyección y el trabajo en común. Estos elementos pueden integrarse en un estilo de educación orientado hacia una conciente educación moral. El ejercicio de la autoridad, por ejemplo, debe hacer referencia a la autoridad moral y no sólo a la superioridad; la solicitud afectiva y la educación de las emociones, puede ayudar a los hijos a percibir las reacciones de los demás, identificándose con su situación. Y la argumentación puede contribuir a comprender e interpretar las emociones mismas, descifrando sus mensajes.

9. Las habilidades de escucha, de relación, de intercambio, diálogo y empatía, son muy necesarias a la sociedad en su conjunto, no se adquieren de una vez para siempre y no se desarrollan sólo a través de la dimensión racional o intelectual, sino con la dimensiones emocional, afectiva, que resulta tanto o más necesaria y fundamental. Esta óptica **pone en el centro de la atención a la familia en cuanto lugar principal de formación y de expresión de la dimensión afectiva**. La madurez cognitiva

⁸ Cf. Fonzi A., Tassi F., *Gli stili educativi dell'adulto e la cooperazione tra bambini*, en Fonzi A. (a cura di), *Cooperare e competere tra bambini*, Giunti, Firenze 1991, pp. 81-91.

(*conocer lo justo*) no lleva directa y automáticamente a las disposiciones concretas (*obrar bien*). Muchos autores contemporáneos muestran en sus investigaciones que la formación moral, su fundamento, no es el mero razonamiento. De ahí que sea necesaria la virtud⁹, la intuición, las emociones, la empatía que deriva de la relación con los demás¹⁰. Por tanto sería errado contraponer estos dos procesos, o volver a encender el conflicto entre el nivel cognoscitivo y el afectivo, sino que hemos de hacernos cargo de la necesidad de su integración, y aquí aparece especialmente significativo el rol de la educación en familia.

Crisis de la paternidad y educación moral.

10. Indudablemente, el contexto familiar representa dondequiera el lugar fundamental de transmisión a las nuevas generaciones de hábitos mentales, aprendizajes, actitudes y valores, como hemos demostrado antes. Sin embargo, hoy se confronta con una profunda crisis que frecuentemente se denomina como crisis del modelo de autoridad paterna y parental, que tiene graves consecuencias.

Para comenzar, habría que reconocer que desde hace algunos años el discurso sobre los padres se ha modificado. Después de reivindicarse el conflicto del padre, y luego su muerte, ahora nos encontramos perplejos ante su presencia débil o quizá su desaparición¹¹. Ciertamente, una «sociedad sin padre» -era el título de un pequeño

⁹ Cf. Abbà G., *Quale impostazione per la filosofia morale? Ricerche sulla filosofia morale*, LAS, Roma 1996; Pinckaers S., *Les source de la morale chrétienne*, Fribourg, Editions universitaires, 1985; MacIntyre, A., *Tras la virtud*, Ed. Crítica, Barcelona, 2004; Colom E., Rodríguez Luño A., *Scelti in Cristo per essere santi. Morale Fondamentale*, Edusc, Roma 2008.

¹⁰ Cf. Gilligan C., *in a different voice: Women's conceptions of self and morality*, en "Harvard Educational Review" (1977/4) 481-517.

¹¹ MELINA, Livio. *La familia ante el desafío educativo*. En HUMANITAS n° 69 (enero –marzo, 2013): "La llamada 'familia afectiva', que plantea como elemento decisivo de las relaciones la dimensión afectiva, haciendo desaparecer la dimensión paterna de la autoridad y por consiguiente reforzando desproporcionadamente la figura materna (sentimentalismo materno), en una oscilación permanente entre la reafirmación incondicional de la seguridad y el recato afectivo. En esto existe el peligro de confundir el amor familiar auténtico con un emotivismo que perjudica la tarea educativa encaminada a promover en la otra persona, en particular el hijo, la madurez de un individuo capaz de amar y trabajar, de insertarse en la sociedad y construir él mismo su propia familia".

volumen de los años 70's, del psicólogo alemán Alexander Mitscherlich- tiene múltiples consecuencias: ellas no sólo se refieren al devenir psicológico del individuo, sino que comprometen a la familia y se proyectan a todo el ámbito cultural y social. Siguiendo las reflexiones del psiquiatra francés, Tony Anatrella, avancemos un esbozo de nuestra preocupación en esta delicada materia.

Desde hace muchos años, nos señala Anatrella¹², los psiquiatras y los psicoanalistas vienen constatando la relativa ausencia de los padres en la estructura psíquica y social de gran cantidad de personas. Esta carencia se manifiesta a menudo en confusiones de la identidad sexual y la filiación, en dificultades en cuanto al apropiado desarrollo de la razón (*crisis de la razón*), en cuanto a lo que llamaríamos vivir propiamente en la realidad (*colapso de la libertad*), así como en un aumento de comportamientos incorrectos provocados por la dificultad para adquirir el sentido de los límites, lo cual permite ver como resultado el crecimiento de muy variadas patologías, que se van haciendo relativamente comunes, como la toxicomanía, la bulimia ó la anorexia y, en fin, actitudes generales de rebeldía (*deconstrucción de lo moral*). La inconsistencia de la imagen paterna se evidencia asimismo en la incapacidad en muchas personas jóvenes para institucionalizarse y desarrollar un vínculo social sólido.

A veces con sutileza, a veces de modo invasivo, vemos que paulatinamente se ha ido imponiendo la tendencia a desencarnar al padre, considerando equívocamente que para suplir su ausencia sería suficiente una función simbólica. Sin gran dificultad ni problema en lo inmediato –no decimos de las consecuencias de este hecho-- el padre ha ido abandonando el escenario social, pero con él también ha ido desapareciendo la fundamental función de diferenciación.

¹² ANATRELLA, Tony, en *Humanitas* n° 50 (abril – junio 2008), “La figura del padre en la modernidad”.

Para medir esto en sus reales efectos, hay que considerar lo siguiente. Es absolutamente cierto que la madre constituye para el niño una fuente de seguridad, que permite evitar la angustia del abandono; pero este universo de la madre y el hijo funciona como un mundo cerrado, de lo cual precisamente deriva la importancia de la función paterna. Pues es el padre quien permite enfrentar la realidad y la separación, o dicho de otro modo, es quien inserta entre la madre y el hijo un espacio que libera de la inmediatez y de la fusión con los seres y las cosas. El padre cumple la función de separación o anulación de la fusión para que el niño pueda conquistar su propia autonomía. Él permite al niño acceder a la realidad y al lenguaje. Cuando está ausente el sentido del padre, sucede comúnmente que, por ejemplo, el sentido del lenguaje, de la palabra y de los términos corren riesgo de desaparecer y provocar la caída de lo simbólico.

El padre, en definitiva, es quien otorga y enseña la auténtica libertad. Y si el niño no llega a vivir esta experiencia de la paternidad, el resultado más palpable será que en la edad adulta le será muy difícil enfrentar la realidad sin experimentar a veces un inmenso dolor moral e incluso físico.

Por otra parte –siendo esto bien medible a posteriori por los efectos que nos rodean– **la negación del padre conduce también a la desvalorización del mal**, lo cual trae consigo, junto con una aproximación al barbarismo, una desvalorización de los frutos de la civilización: la cultura, el lenguaje, el sentido de la ley y de los límites. Implica de suyo un rechazo del principio de autoridad y de la transmisión de los valores, lo que también, por sus efectos, es muy fácil constatar en la escuela y en la familia actual.

Equivocadamente se tiende hoy a comparar la vida familiar con una sociedad democrática, donde todo debe discutirse y decidirse conjuntamente entre los padres y

los hijos¹³. Una cosa es hablar con los hijos y escucharlos, otra muy distinta, que configura un modelo no sostenible, es dejar que ellos impongan sus exigencias.

11. Un núcleo estable compuesto de padre y madre es una condición importante para el desarrollo y el crecimiento armonioso de los hijos. Desde el punto de vista educativo, como se ha dicho, es superfluo subrayar la necesidad de un equilibrio personal entre autoridad paterna y educación de la afectividad. Sin embargo, no se debe infravalorar que una sana identificación con las figuras materna y paterna favorece también una equilibrada formación de la personalidad desde el punto de vista sexual.

Conclusión

12. La familia, célula fundamental de la sociedad y de la Iglesia es el lugar privilegiado y por antonomasia para la transmisión de los valores humanos y cristianos. La familia que está fundada en el matrimonio monógamo e indisoluble entre un hombre y una mujer es la institución específica que posibilita la transmisión de los valores y la formación de las virtudes que son necesarias para la madurez de la persona y para el desarrollo armónico de la sociedad.

13. En la situación actual es necesario redescubrir que la familia es una buena noticia, que es bella y es posible de vivirse, no es una utopía, ni un peso del cual liberarse. La cultura contemporánea heredera de algunos reduccionismos que han lacerado a la persona, al matrimonio y a la familia, ha provocado en la familia una crisis antropológica más allá de lo moral y espiritual. La ideología de género a pesar

¹³ MELINA, Livio. *La familia ante el desafío educativo*, en HUMANITAS n° 69 (enero –marzo, 2013): “La llamada ‘familia afectiva’, que plantea como elemento decisivo de las relaciones la dimensión afectiva, haciendo desaparecer la dimensión paterna de la autoridad y por consiguiente reforzando desproporcionadamente la figura materna (sentimentalismo materno), en una oscilación permanente entre la reafirmación incondicional de la seguridad y el recato afectivo. En esto existe el peligro de confundir el amor familiar auténtico con un emotivismo que perjudica la tarea educativa encaminada a promover en la otra persona, en particular el hijo, la madurez de un individuo capaz de amar y trabajar, de insertarse en la sociedad y construir él mismo su propia familia”.

de sus prometidas deducciones no ha liberado al hombre de sus limitaciones privadas y sociales. Por el contrario, la pérdida o el debilitamiento de la función paterna, el relativismo y el individualismo exacerbado, junto con la pervivencia de modelos autoritarios de educación, ponen en riesgo la estabilidad emocional, la cohesión social y la misma productividad y generatividad de las nuevas generaciones.

Por tanto, **hay que superar el individualismo subjetivista que mira a la propia realización** con la vulgata actualmente aceptada de “ser sí mismo”, **rescatando al sujeto mediante una adecuada personalización, que sin negar su libertad y su creatividad, es capaz de salir de sí mismo en el diálogo con el “tú” y, en el “nosotros” se orienta al servicio al bien común y de la humanidad toda.**

La comunidad familiar como “espacio y escuela de comunión”, es decir, espacio de la solidaridad, de la participación y de los afectos, sigue siendo el “lugar” por antonomasia de la formación de las personas, donde se forjan los valores y virtudes humanas y cristianas que permitirán a las nuevas generaciones ser agentes de promoción humana y cristiana, siendo discípulos y misioneros de Jesucristo para que en El todos los hombres tengan vida. Muchas gracias.